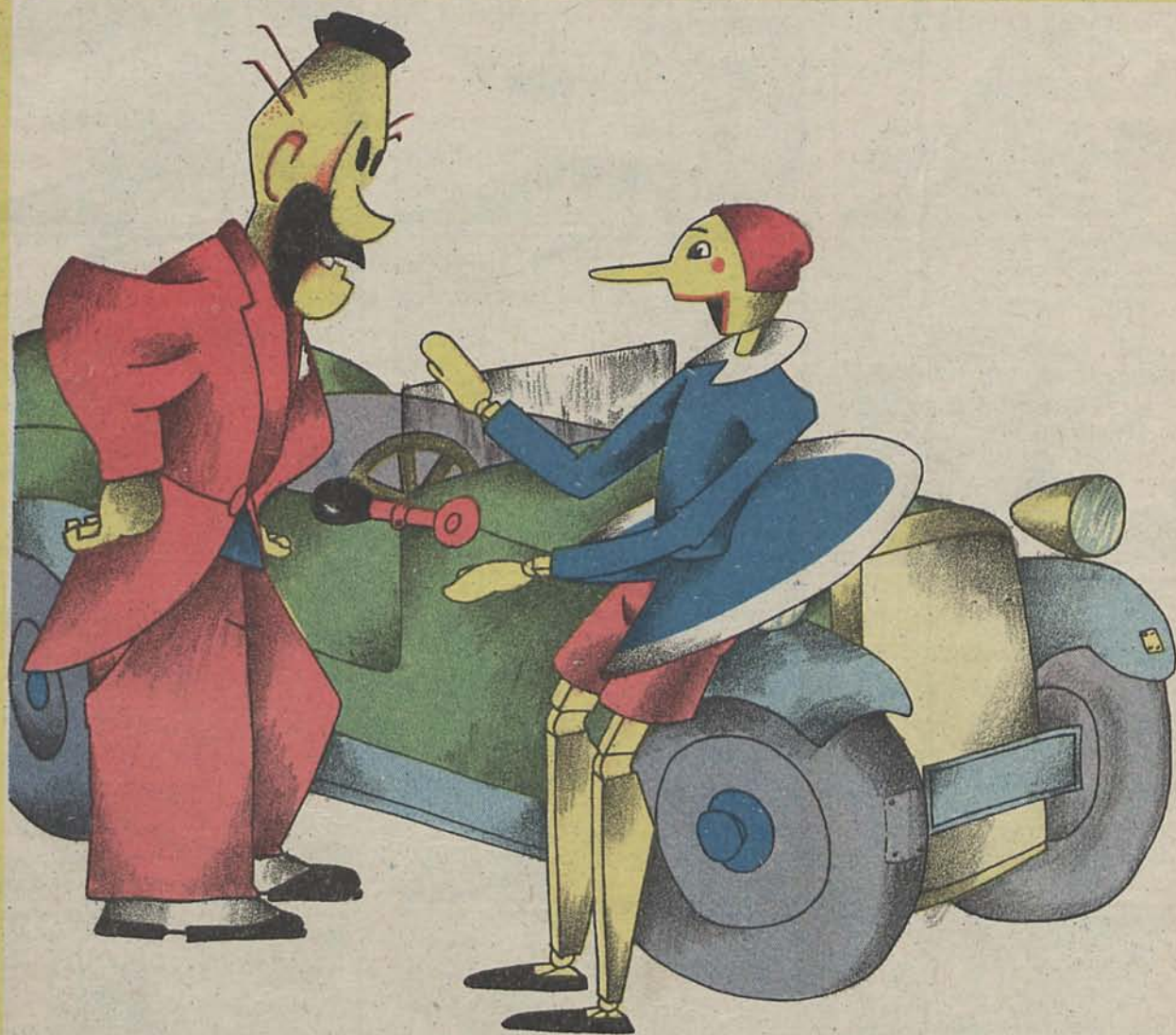


PINOCHO

AÑO V
NUM. 248

25 cts

17 NOVIEMBRE
1929



- ¡ESTOS AUTOMOVILES TIENEN MUCHA ACEPTACIÓN; LOS VENDEMOS POR MILLARES!
- ¿A CUANTO EL MILLAR?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL PARALELO 28°17'

POR
C. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI



(Continuación)

—Tiene usted razón. Pero a fuerza de pensar y de calentarse los cascos

en este endiablado asunto, acaba uno por perder la cabeza.

—Al fin y al cabo, si Kōwaes con todas esas cosas se quita de en medio ¡tanto mejor!

—¡Qué se va a quitar!—repuso Franco sacudiendo la cabeza en la que los pelos bien alisados y apegotados partíanse en dos con una raya perfecta—No es posible que ahora se retire, después de haber puesto, por algún tiempo al menos, fuera de combate a nuestro Ralph. Ya veréis cómo en el momento crítico nos lo encontraremos enfrente todavía. ¿Cómo, si no, se explicarían sus persecuciones y su afán por saber de nosotros lo que nosotros mismos ignoramos, esto es, el lugar en que se oculta ese divieso que le ha salido en la persona de su cómplice confeso?

—Por otra parte—hizo notar el P. Marsan fraseando lentamente con su clara voz atenuada—¿qué le puede ya importar a él, que se ha manchado con tantas culpas y que con tanto cinismo se jacta de haberlas cometido, que le acusen también de este otro delito? Sabido es que para la justicia, Kōwaes es como el fénix árabe:

«quién es, cada cual lo dice;
dónde está, nadie lo sabe.»

No es ciertamente el temor de que lo prendan ni la idea de las consecuencias judiciales de esta empresa suya, lo que le induce a mantenerla secreta. Ha hecho ya tantas, que ni aun la suprema justicia de Dios podría quizá mostrarsele misericordiosa.

—Querido capellán; el toque está en que la

justicia de los hombres sería esta vez demasiado severa. No se trata, en efecto, esta vez de un simple delito contra la propiedad, como todos los demás suyos para los cuales la pena máxima podría ser la deportación; aquí juegan las vidas de dos hombres, y usted sabe que para los delitos de sangre hoy no se duda en condenar a la guillotina. Ahora, para un hombre de la fantasía y los recursos de nuestro formidable competidor, aún es posible evadirse de una colonia penal; pero del otro mundo, ni siquiera a un Kōwaes le es lícito volver a éste. He ahí por qué creo que lo intentará todo, aun a costa de sacrificar nuevas vidas, para destruir las pruebas que puedan encartarle en este comprometido asunto.

—¡Oh, sí! ¡y a qué riesgos no expone esa consideración a nuestros pobres amigos!

—Querría ser yo quien tuviera que medirse con ese bandolero de frac y guante blanco—dijo Pervenko, irguiendo el atlético busto y echando atrás la rubia cabeza de adolescente en cuya faz estaban impresas la arrogancia y la ingenuidad de su noble raza polaca.

—¡Si a lo menos se pudiera saber pronto algo definitivo!—suspiró el abate.

—¡No veo llegar la hora!—dijo con un resabio de acritud el honorable Grénédiér, el interruptor y opositor más temible de ambas Cámaras! ¡Valiente jaque le daríamos al Gobierno! ¡Sería nuestro triunfo! Tengo ya en la punta de la lengua mi discurso más brioso.

—Pero ¿qué culpas le quiere usted achacar al Gobierno?—preguntó en vivo tono de polémica el general Mercadier—. Cuando fuera demostrado el error judicial, el Gobierno haría una completa y solemne vindicación del inocente y condenaría a los culpables al máximo de la pena. ¡El Gobierno es soberanamente justo!

—¡Vaya una justicia! Y los nueve años de

deportación ¿quién los borra del alma angustiada, de la memoria triste y dolorosa del capitán D'Alimand? ¿Ni quién arranca de su vida íntima el recuerdo de esta infamia que ha deshecho cuanto quedada de su familia, que ha mancillado su honra, que de los horizontes de su vida barrió de un solo golpe las esperanzas, los sueños, los designios... el porvenir, en una palabra?

—El destino ha sido cruel con D'Alimand;— insinuó mansamente el sacerdote, con una dulzura triste en su grata voz pastosa—pero el hondo afecto del hijo y la amistad o la alta estimación de los muchos que no han puesto jamás en entredicho su inocencia, servirán con el tiempo de cauterio a aquella horrible llaga que le abrieron en el corazón, y le harán olvidar tal vez todos estos años de injusto martirio.

—Todo eso, con tal que se dé con los papeles y se puedan hacer venir hasta París. Porque yo conservo aun mis dudas acerca...

Un ¡oh! general de protesta y desaprobación interrumpió al general Mercadier que se tapó las orejas riendo. En el mismo instante se oyó en el contiguo recibimiento el repique prolongado del timbre de ingreso.

Yo me levanté impaciente, y me adelanté a la puerta; pero ésta se abrió de pronto y en el vano, apareció la alta y elegante figura de Enrique envuelta en una hirsuta pelliza grisácea, y detrás de él, menudo y endeble, el príncipe Nojowamaki, de cuyo semblante, aun aureolado por el cuello de piel del amplio capotón, no se advertía más que la sonrisa satisfecha y el espejo de los ojillos inquietos detrás de los enormes cristales circulares de los anteojos.

Enrique meneó la cabeza para saludar a los presentes, y ambos caímos uno en brazos del otro.

—¡Amigo de mi alma!—díjome conmovido—¿Cómo, cómo expresarte todo mi reconocimiento?

Vinieron luego los demás saludos, no menos calurosos algunos y emocionados; nuevos abrazos, otros apretones de manos; no se reparó siquiera en que el gabán del recién llegado

estaba todo cubierto de nieve y nosotros quedábamos empapados. La acogida no podía ser más cordial y afectuosa.

Finalmente, pudo Enrique sentarse en el puesto de honor, en la mullida poltrona de al lado de la estufa; y mientras el príncipe Nojowamaqui, que tomó asiento al otro lado, mirábase como en éxtasis, con las manos que, alargadas instintivamente hacia el hogar, parecían en ademán deprecatorio, todos empezamos a abrumar a preguntas al viajero para conocer los detalles de su infructuosa expedición y saber cómo juzgaba él las cosas en el estado en que ahora se encontraban.

—¿Qué queréis?—dijo—He pasado días bastante tristes desde que me persuadí enteramente de que en América nada había que hacer. Porque, ya desde antes, el hecho de que yo, en contra de cuanto había ocurrido a los demás no era perseguido por nadie, habíame hecho dudosa la probabilidad de encontrar al otro lado del Atlántico las huellas de Larouchy. A continuación, las noticias que Franco me enviaba una tras otra, y que una tras otra excluían alguno de los lugares designados por nuestros cálculos, y, por fin, los azares y desdichas de Ralph y la aparición en escena de Kōwaes, me han inducido a desesperar en adelante de la posibilidad de dar cuenta de enemigos tan formidablemente duchos en el arte de engañar a la gente y hacer daño al prójimo.

—¡Ah, no! No hemos perdido la partida,—repuse yo alentándole—y si las noticias hoy día no son tales como las deseamos, tampoco es el caso de renunciar a toda esperanza. Nuestras pesquisas no están aun realizadas por completo, y ya verás cómo ese dichoso Larouchy acaba por ser descubierto en algún rincón del planeta. Y si no, oye lo que va a comunicarnos nuestro inestimable secretario.

El abogado tomó entonces la palabra, sacando de la carpeta de rúbrica consagrada al *Caso D'Alimand*, algunos pliegos de ligerísimo papel azulado.

(Continuará en el número próximo).



COLORÍN Y SU PANDILLA



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1938, by The Chicago Tribune

BRANLEY



Entre los hielos La Tundra del Ártico

por
E. Valgarí

(Continuación)

que hacer allí dentro. Escondámonos antes de que los centinelas den el grito de alarma.

Nos indicó una roca que se encontraba a poca distancia de la caverna y se apresuró a alcanzarla.

Yo y Wigo le seguimos, aunque estábamos un poco cansados. Se acomodó entre las rocas, ocupando un punto desde donde podía espiar a su sabor la entrada y darse cuenta de las maniobras de las morsas sin correr peligro de ser descubierto.

—Olga, señor Miguel—dijo Wigo—¿qué hacemos aquí cuando las morsas están dentro de la cueva? Si hemos de maniobrar con las armas hará falta que entremos allá dentro.

—Silencio, amigo mío—dijo el rey de las morsas guiñando el ojo—Si tu supieras la décima parte de las cosas que yo sé, no hablarías de este modo. Las muy tunas tienen colocados sus centinelas y si nos dejamos ver, no tardarían en dar el grito de alarma a todas las demás, y en menos tiempo del que necesitas para pensarlo nos echarían al mar y todo habría terminado para nosotros. Esperemos a que llegue la noche y las sorprenderemos dormidas y después de haber cerrado la salida con bloques de hielo, haremos una verdadera carnicería.

Nos rendimos a las razones de Miguel y esperamos a la noche. Durante el día varias morsas se fueron hacia el mar y otras regresaron a la gruta, que parecía servir de refugio a todos los anfibios de aquellos contornos. Nada más curioso que ver aquellos animales arrastrarse penosamente por el suelo, alargándose y encogiéndose, con movimientos bruscos y con unos esfuerzos tales que parece que tengan que sufrir muchísimo para caminar por encima de las rocas.

Ya podéis imaginaros cómo latían nuestros corazones, viendo el ir y venir de tantos animales. Tuve que hacer esfuerzos para no descargar mi fusil.

En cuanto fué de noche y cesaron del todo los ruidos, sin decirnos una palabra con los ojos bien abiertos y el oído bien aguzado, provistos de las armas, llegamos a la gruta que debía estar rebosante de morsas.

Sin hacer ruido, hicimos rodar hacia la abertura, por fortuna bastante estrecha, macizos de hielo, amontonándolos unos encima de otros de manera que una hora más tarde no quedaba más que un agujero capaz de dejarnos paso y aun debajo de la clave de la bóveda.

—Ánimo—dijo Miguel, sacando el encendedor y alumbrando un farol. Ahora que los tenemos enjaulados, podemos dormir sin miedo de que se nos escapen.

En el silencio de la noche sólo se oía alguno que otro rugido dentro de la gruta. A los primeros rayos del sol cogimos las armas y entramos valerosamente en la gruta, donde nos detuvimos ante una verdadera multitud de animales.

Había más de ciento en torno del estanque entre machos, hembras y crías. Ante nuestra presencia hubo una





desbandada general hacia todos los rincones de la gruta y en el agua, de poco fondo para ocultarlas por completo. Creyendo poco prudente aventurarnos en medio de aquel numeroso conjunto de animales, sa-

biendo de lo que son capaces las morsas heridas, nos colocamos en las rocas más elevadas y desde allí empezamos a matar a pequeñas y a grandes sin piedad alguna.

No es posible describir el furor y el espanto de las pobres bestias, ante nuestros disparos. Emborrachados por la pólvora disparábamos sin cesar, decididos a hacer una gran carnicería. Machos y hembras precipitábanse rugiendo como leones hasta el pie de las rocas, esforzándose por llegar hasta nosotros; algunos anfibios arrastrábanse hacia la salida, tratando de remover las masas de hielo que la obstruían o se refugiaban en el agua de la cual salían expulsados por nuestras balas que les obligaban a meterse de nuevo en el estanque.

El rey de las morsas, a pesar de tantos años de cazador, no había presenciado jamás una carnicería semejante. En pie sobre una roca, fuera del alcance de la furia de las morsas, disparaba con la seguridad de derribar una pieza a cada descarga, alentándonos con sus voces y ejemplo y prometiéndonos colmillos a espuelas y latas de aceite para cargar diez chalupas.

La matanza prosiguió hasta que se acabaron las municiones. El suelo estaba lleno de morsas muertas o moribundas y verdaderos torrentes de sangre, siguiendo la pendiente natural de la gruta vertíanse en el estanque y enrojecían sus aguas. Seis o siete morsas lanzaban estertores en los rincones, tratando de huir y otras tantas incó-lumes, pero medio muertas de espanto, se arrastraban rugiendo, de un extremo al otro de la gruta, procurando refugiarse en las hendiduras de las paredes.

Cogimos los cuchillos y saltamos sobre las supervivientes, que pronto cayeron bajo nuestros golpes sin hacernos daño alguno. La gruta, poco antes llena de ruido, toda vibrante de detonaciones y rugidos, estaba en silencio.

Ciento doce morsas fueron muertas en poco menos de dos horas, constituyendo una verdadera fortuna para nos-

otros. Solemnizamos la matanza con copiosas libaciones y un banquete compuesto exclusivamente de carne de morsa. Permanecimos dos días en la gruta, ocupados en arrancar aquellos colosales colmillos de durísimo marfil, que tiene la propiedad de no ponerse amarillo como el de los elefantes, y que por lo tanto es más buscado y mejor pagado en el comercio. Cargados con la preciosa mercancía, regresamos en unas cuantas horas a la costa de Teman, empujados por un viento favorable, y allí requisamos todas las embarcaciones de las cercanías para ir a recoger la grasa de los anfibios.

El rey de las morsas, sacó tanto dinero de aquel marfil que pudo renunciar para siempre a la vida del mar.

Aquel destrozo produjo el que las morsas se alejasen de las costas meridionales de Kiaguet; ahora solo se encuentran en las septentrionales, de donde, perseguidas cada año por holandeses, daneses, noruegos y rusos, tienden a desaparecer y es probable que dentro de unos cuantos años no quede ni una sola en toda la isla.

—¿Y usted ganó mucho dinero en aquella expedición?—le pregunté.

—Fué el comienzo de mi fortuna—me contestó el siberiano—. Con el dinero emboolsado armé el año siguiente

(Continuará en el próximo número).





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



**LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA**

¡ESTOY DESESPERADO,
AHORA QUE HABÍA EN-
SEÑADO A LAURITA A
CONTAR SE
HA FUGADO
DE CASA!

¡SEIS POR
CINCO; TREINTA!

¡TRES Y
DOS; CINCO!

¡CARAMBA!

¡DIEZ POR
CIENTO; MIL!

¡HE RESUELTO EN MI
CASA EL PROBLEMA DE
LA CONTABI-
LIDAD! DESPE-
DIRÉ AL CON-
TABLE!

¡QUIEN HABÍA DE
SUPONER.....!

TRES
POR
SEIS.....

PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO

¡HAY QUE VER, ALGU-
NOS PENSANDO NA-
DA MÁS QUE EN DI-
VERTIRSE Y YO NO
SE AUN SI COMERÉ
HOY!

¡HASTA DENTRO DE
UNA HORA NO ME
PREPARES LA COMI-
DA QUE VOY A ENSA-
YARME EN EL "GOLF"!

¡DICE EL LIBRO QUE SE
ADQUIERE MUCHA SEGU-
RIDAD VENDÁNDOSE
LOS OJOS!

¡QUÉ IMAGI-
NACIÓN TENGO!
¡VEREIS!

¡ARTURITO, NO SA-
BES LO QUE TE QUIE-
RO! ¡NOTE HE VISTO
TAN TRABAJADOR
NUNCA!

¡HA GANADO US-
TED EL PREMIO
OFRECIDO AL ME-
JOR LEÑADOR!

¡A ESTE GATO SIRVELE
DE COMER LO QUE QUIE-
RA, PUES GRACIAS A ÉL
HE GANADO UN PREMIO
CON EL QUE NO
SOÑABA!

CUENTOS DE CALLEJA

LO QUE PUEDE LA ASTUCIA

Casillas



NTIGUAMENTE, en el tiempo de los cuentos, las cosas no eran como ahora. Ya lo habéis advertido vosotros seguramente.

No había autos, ni aviones, ni teléfono, ni fútbol. Ni muchas otras cosas.

Había, en cambio—al menos en los cuentos—hadass prodigiosas, pájaros parlantes, príncipes, pastores y otra porción de cosas bonitas.

Pero había, como hay y como habrá siempre, niños y padres, y virtudes y vicios, y todo lo que no cambia nunca aunque se hagan grandes descubrimientos y aunque la Humanidad dé largas zancadas hacia adelante.

Bueno, pues en aquel tiempo y en cierta ciudad, había una muchacha linda y perezosa. También ahora las hay.

No le gustaba hacer nada, sino quedarse quieta ante la ventana a ver pasar las nubes y a soñar. Otras cosas peores podían haberle gustado; pero aquella, que hasta bonita y noble ocupación hubiera sido en los momentos de reposo, no era admisible a todas horas. Porque todos en este mundo debemos trabajar; hasta los que no lo necesitan.

Y Blanca Luisa—que era el nombre de la linda perezosa—, lo necesitaba. Su madre era pobre.

Ahora, cuando necesitamos una camisa, un pañuelo o unos calcetines, vamos a la tienda donde venden esas cosas. Pero antes no era así. Y para hacer ropas las mujeres hilaban en su casa. Hilar era reducir a hilo el lino, la lana, el algodón, etc., por medio del huso y la rueca, que eran unos instrumentos especiales para esto.

De todos los trabajos que su madre le encargaba, el que más aborrecía Blanca Luisa era hilar.

Cierta día la estaba riñendo porque no había ni comenzado una tarea de hilar que debía haber terminado el día antes. En aquel momento pasaba por la puerta de la casa

la Reina del país y entró a preguntar por qué reñía a su hija aquella mujer. La cual, por no desacreditar a su hija dándole fama de holgazana, contestó:

—Señora, mi hija sabe hilar primorosamente y no se cansa nunca de hacerlo. No puedo conseguir que deje de hilar y yo soy tan pobre, que no puedo proporcionarle el lino que necesita para este trabajo.

—Precisamente nada me gusta tanto como ver hilar—respondió la Reina—. El ruido del huso me encanta; dejadme que me lleve esta niña a mi palacio; yo tengo lino suficiente, e hilará cuanto quiera.

La madre consintió en ello con el mayor gusto, y la Reina se llevó a la joven.

Cuando llegaron al palacio, la condujo a tres grandes aposentos que estaban llenos, de arriba a abajo, del más hermoso lino.

—Híleme este lino—la dijo—, y si lo hilas todo te casaré con mi hijo mayor. No importa que seas pobre; tu incansable laboriosidad es dote suficiente.

La joven se asustó, porque aun trabajando trescientos años, desde por la mañana hasta por la noche, no hubiera podido hilar tanto lino.

Por esta razón, al quedarse sola se echó a llorar y se quedó pensativa tres días.

Al tercero volvió la Reina, y se maravilló al ver que no había hecho nada; pero la joven se disculpó pretextando su tristeza por verse separada de su madre.

La Reina quedó satisfecha con esta excusa; pero le dijo al marcharse:

—Mañana es necesario que empieces a trabajar.

En cuanto volvió a quedarse sola la joven no sabía qué hacer; y en vez de trabajar se asomó a la ventana. Entonces vió venir hacia ella tres mujeres.

La primera tenía un pie muy ancho, la segunda el labio





inferior tan grande y caído, que le llegaba hasta debajo de la barba, y la tercera, el dedo pulgar muy gordo.

Se pararon delante de la ventana, y mirando hacia arriba preguntaron a la joven qué tenía.

Refirióles su angustia y se ofrecieron a ayudarle, diciéndole:

—Si nos convidas a tu boda, si nos llamas tus primas, sin avergonzarte de nuestra fealdad, y si nos sientas a tu mesa, haremos el lino en muy poco tiempo.

—Con mucho gusto—contestó ella—; entrad y empezad en seguida el trabajo.

Dejó entrar a las tres extrañas mujeres e hizo un hueco en el primer aposento, donde se sentaron a hilar inmediatamente.

La primera hilaba la estopa y hacía dar vueltas a la rueda; la segunda mojaba el hilo, y la tercera lo torcía y daba con el dedo sobre la mesa, y a cada golpe caía al suelo una madeja del lino más fino.

Siempre que venía la Reina, escondía la joven a sus hilanderas y le enseñaba lo que llevaba hilado, con lo que la Reina se llenaba de admiración.

Cuando estuvo vacío el primer aposento pasaron al segundo, y luego al tercero, concluyendo su obra en muy poco tiempo.

Entonces se marcharon las tres mujeres, diciendo a la hermosa joven:



—No olvides tu promesa; si la cumples harás tu felicidad seguramente.

Cuando la joven enseñó a la Reina vacíos los aposentos y el gran montón de lino hilado se arregló la boda.

El novio se alegraba por tener una mujer tan hábil y trabajadora, y la elogiaba mucho.

—Tengo tres primas—dijo la joven—;

y como me han hecho mucho bien, no quiero olvidarlas en el día en que voy a ser feliz; permitidme que las convide a la boda y las sienta a nuestra mesa.

El novio y su madre dieron su consentimiento.

Cuando empezaron las fiestas, con motivo de las bodas, llegaron tres damas maravillosamente vestidas, y la novia les dijo:



—Bien venidas seáis, queridas primas.

—¡Oh!—exclamó el novio—¡Vaya unas primas feas!

En seguida, acercándose a la que tenía el pie ancho, le preguntó:

—¿De qué tenéis ese pie tan ancho?

—De dar vueltas a la rueda para hilar

—contestó aquella.

El novio se dirigió a la segunda, y le dijo:

—¿De qué tenéis ese labio tan caído.

—De mojar el lino para hilar.

Y a la tercera le dijo:

—¿De qué tenéis tan gordo ese dedo?

—De torcer el lino para hilar.

Entonces el Príncipe, asustado, exclamó:

—No quiero que mi hermosa novia vuelva a tocar ninguna rueca.

De este modo se libró la joven del trabajo de hilar, que tanto temía.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, mi querido Chononcito. Ya estamos otra vez aquí. ¿Has visto que prontísimo ha pasado la semana?

—¡Ya, ya! Parece que fué ayer cuando tuvimos nuestra última charla. El tiempo va que vuela, amigo buho. ¿Has traído tema para nuestra charla de hoy?

—Yo no traigo ninguno, pero si quieres que sea yo el que lo proponga tendré tema en seguida.

—Pues venga el que tu quieras. Seguramente será interesante, como todos los tuyos.

—Y además divertido. ¿Quieres que hablemos de las ratas bailarinas?

—Me dejas estupefacto. ¿Hablas en serio o es una bromita de las tuyas?

—Completamente en serio. Ya sabía yo que había de asombrarte. Me figuraba que tú no habrías oído hablar nunca de estos animalitos.

—Jamás. Y has llevado mi curiosidad al punto más culminante. Supongo, claro está, que no te referirás a animales domesticados por algún artista de circo.

—Nada de eso. Las ratas de que yo voy a hablarte bailan sin que nadie las haya enseñado a bailar. Es una habilidad innata en ellas.

—¡Asombroso! No perdamos más tiempo y vamos derechos al asunto. Conste antes que a mí no hacen maldita la gracia estos bichos. Me causan bastante repugnancia y por mi parte no guardo consideración alguna a este animal. Si viese una rata y tuviese una escoba a mano, es seguro que le daba un escobazo.

—Como a ti, le pasa a casi todo el mundo. Y digo a casi, porque en algunos países no les tienen el asco el y horror que por acá se les tiene.

—Allá cada uno con su modo de pensar, pero el mío es ese y no creo que pueda variarlo nadie.

—Pues los japoneses, y como ellos casi todos los asiáticos, piensan de modo distinto, querido Chonón. Por las ratas, no solamente muestran indiferencia, sino que hasta les ayudan a desenvolver con facilidad su vida. En una palabra, hasta les proporcionan alimentos para que satisfagan su voracidad.

—¿Y a ti te parece esto bien? ¿Es que la rata proporciona algún beneficio? ¿Es acaso útil para algo?

—Para nada, salvo el aprovechamiento de su piel. Pero es que los asiáticos, y los japoneses sobre todo, piensan las cosas con una filosofía muy distinta a la nuestra. Si nosotros hiciésemos lo que ellos, seguramente que estos voraces roedores, no harían los destrozos tan perjudiciales que hacen.

—Eso de mezclar la filosofía con las ratas no deja también de tener interés. Explicáte.

—Los japoneses consideran a las ratas como un mal inevitable y necesario y lo aceptan con verdadera resignación, pero para evitar que estos roedores se les metan en las casas y hagan destrozos, cuidan muy bien de ponerles a la puerta de las viviendas cazuelas con los alimentos que son más del agrado de estos animalitos.

—Tienen razón los japoneses. Es una filosofía que me convence por la lógica en que se funda. Teniendo las ratas medios fáciles y cómodos para sustentarse no tienen necesidad de andar bordeando peligros, y llevándose sustos para buscar lo que les ponen en las mismas narices. Es posible que si nosotros siguiéramos igual procedimiento nos viésemos libres de sus daños.

—Ténlo por seguro, Chononcito.

—Bueno, pero vamos a lo más interesante. Me has dicho que ibas a hablarme de las ratas bailarinas ¿no es eso?

—Es que precisamente estás ratas del Japón que tienen una piel blanquísima, brillante, y moteada de pequeños puntitos negros, son las ratas de que he de hablarte. Son ratitas pequeñas, muy limpias, muy juguetonas, con los ojillos, el pequeño bigote, la cola y las patas de color de rosa. Ya ves que su aspecto no ofrece ninguna repugnancia.

—Tal como tú me las describes ofrecen más bien atractivo.

—Pues lo que hace más sorprendente a este pequeño animalito es la disposición tan graciosa que tiene para el baile.

—¿Hablas en serio?

—Ya te he dicho que completamente en serio. Escucha y calla. Parece ser que este animalito cuando se asusta o recibe alguna impresión que le mueve el deseo de huir, se atolondra, y pierde la noción del sitio en donde se halla y de aquel por donde ha de emprender la fuga. Esto le hace dar vueltas, como alocada, rápida como un trompo, sin saber por dónde escapar. Cuando se encuentran varias en esta situación es curiosísimo verlas a todas dando rápidas vueltas sobre ellas mismas, apoyadas en las patitas traseras y con la cabeza en alto, como mirando al cielo. Su girar es tan vertiginoso que viéndolas, se borra su figura, semejando un ovillo de algodón en rama que diese vueltas.

—Pero esto no es precisamente lo que yo creía. A mí me habías hecho pensar que estas ratas bailaban como las personas, a compás de la música, y marcando con los pies, (perdón he querido decir con las patas) el aire de los bailables.

—Eres demasiado inocente, Chononcito. Ya podías comprender que si una rata bailase a compás de un schotis o de un charleston sería cosa nunca vista. ¡Ja, ja! ¡qué ocurrencias tienes, mi querido amigo!

—Tú tienes la culpa, por haberlas llamado ratas bailarinas.

—Así las llaman y por lo tanto así hay que designarlas. No me negarás que es curioso el caso.

—¡Hombre, claro!

—Los japoneses disfrutan mucho observándolas. Salen por la noche y es un espectáculo singular verlas a la luz de la luna, como una procesión que se dirige desde sus madrigueras al lugar donde saben les espera la comida. El japonés aguarda a que terminen de comer y entonces las asusta con una palmada o un grito. Todas se ponen a bailar y no cesan de hacerlo hasta que se deja de asustarlas o caen rendidas de cansancio.

—¿Sabes que dan ganas de hacer un viaje al Japón para ver un baile de ratas?

—En el Japón hay cosas para ver muchísimo más interesantes que este baile.

—Ya me lo supongo, pero de paso...

—Está muy lejos y ahora no te conviene distraerte. Tienes que estudiar mucho, Chonón.

—Y que me voy derecho a estudiar, querido buho. Los libros me están llamando a gritos. Hasta otro día.

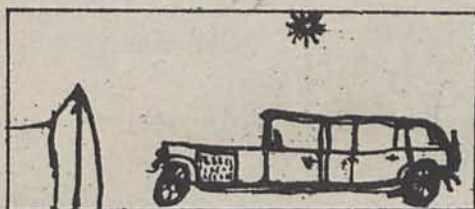
—Hasta otro día.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



El coche de mi hermano
Pepiño Feliu, 7 años



Pinocho desconocido
Federico Climent



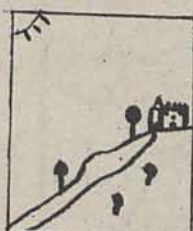
Castillo feudal
Lolita Fernández
13 años



Una tonta del bote
N. Moya.



Chino con la coleta erizada
José Ríos, 14 años



Paisaje
Pedro de la Llave



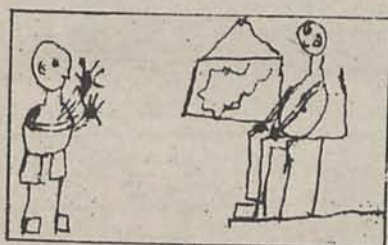
Pinocho, cazador
M.ª Isabel Pérez, 10 años



¿No le parecen ridículos los bailes modernos?—¿No sabe que soy zapatero?
Julián Orcazarán



Reloj
Titi Pérez, 9 años



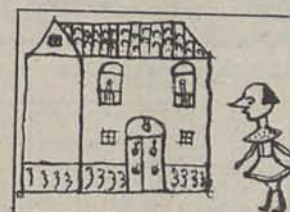
¿Si tienes 10 cta. y te doy 15, cuántos tendrás? Lo bastante para comprar Pinocho
José M.ª A. Cascos



Don Conejo pasea a la luz de la luna
Blanquita Abreu



Pollo verde
R. T.



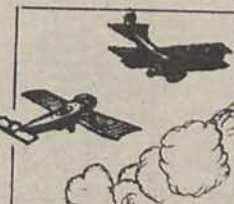
La casa de Pinocho
Evelia González



Asturiana
Margarita del Olmo



Casa de campo
Lola Muñoz



Aviación
Javier Fernández



Mi amiguita
Rosario Carrasco
8 años



Mi muchacha
Nicolás Moya



Sofía
Matgarita G. C.



Mi gran amigo
Francisco Molina
7 años



Mi hermano
Eduardo Acaso



Pinocho y Don Turu, esgrimistas
Joaquín Escayola



Don Quijote
Nicolás Menéndez



Un tigre
Gonzalo Páez, 13 años



Mi barco.—Juan Bofiu

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

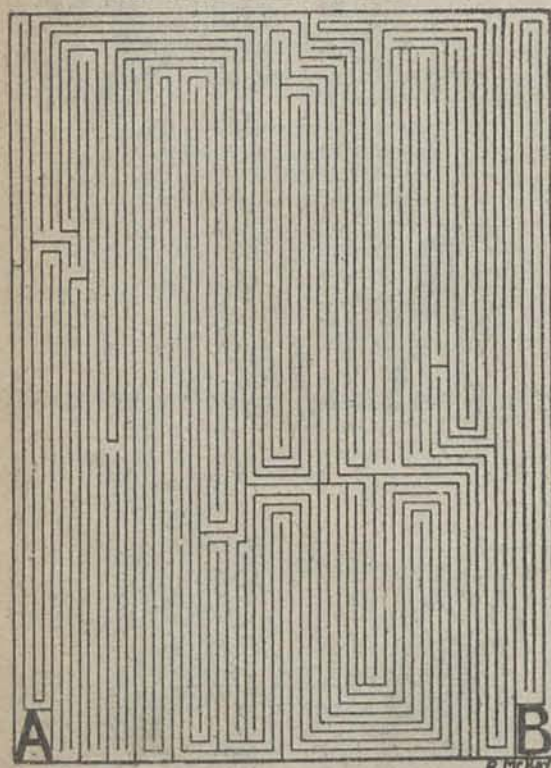
LOS CUATRO ANIMALES



¿Qué mira este cazador? ¿Qué es lo que vé? Pues, sencillamente cuatro animales que están escondidos entre la maleza.

¿Cuáles son?

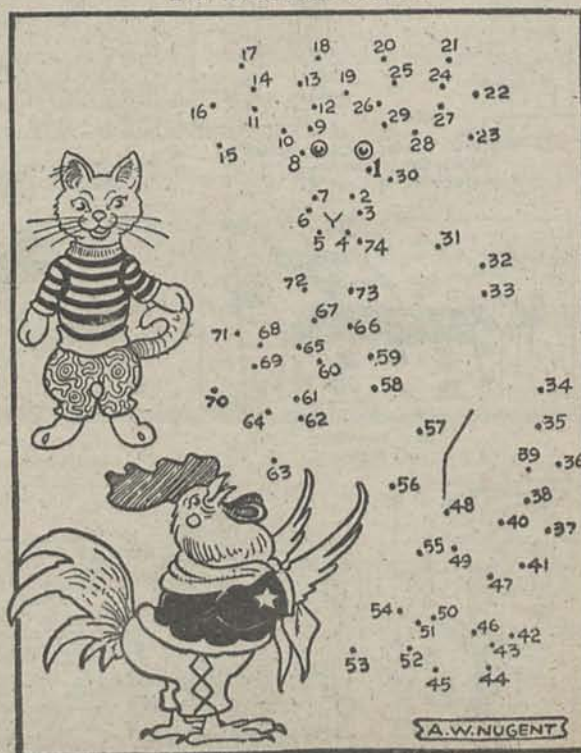
EL LABERINTO RUSO



Entrando por A hay que salir por B. ¿Cuál es el camino?

Lograréis saber quién es uniendo con líneas los números siguiendo el orden que les corresponde.

EL DESCONOCIDO



ANITA BUEN- CORAZON



Sección Pirula

Fantasías de Pirula... decoradora

EL TALEGO ENCANTADO



No es que mi Pirulinda Beatriz se ría de su tío, Don Eulogio, no; Beatriz está demasiado bien educada para reírse de nadie, y mucho menos de un her-

mano de su papá; pero es cierto que le hace gracia cierta manía del buen señor que, aquí para nosotras, os confieso que es un poco raro, lo cual no impide que sea muy bueno.

Esa rareza de tío Eulogio consiste en guardar, cual si se tratase de oro en paño, todos los papeles que envuelven cuantos paquetes entran en su casa, y todos los bramantes, cintas o gomas que los sujetan.

Paquete que a tío Eulogio le cae entre las manos, paquete que desata, destrozándose las uñas con la complicación de los nudos—¡todo antes que romper una cuerda!

Papeles, bramantes, cuerdas y gomas los conserva preciosamente su feliz dueño en un cajón... ¡digo en uno! en dos, en tres, en todos los cajones de una enorme cómoda que aun resulta pequeña para contener su tesoro.

Tío Eulogio está muy orgulloso con su sistema de orden y economía gracias al cual, cuando a su vez tiene que envolver un libro, un par de guantes, o una corbata, abre triunfalmente alguno de los cajones de la cómoda y elige un papel entre los mil que tiene doblados y un trozo de bramante entre los diez mil que tiene enrollados.

No, no os riáis demasiado del buen señor; en su manía, no deja de haber su poquito de razón; eso de conservar algunos papeles limpios y algunos trozos de bramante y algunas gomas, para el caso de que hagan falta, es una buena medida de previsión.

Pero es cierto que pasarse horas deshaciendo nudos o planchando papeles, e inutilizar una cómoda para guardarlos, es algo así como sería por ejemplo el irse al Polo Norte en busca de un trozo de hielo para refrescar un vaso de agua.

Al referirme las rarezas de su buen tío Eulogio, me dice Beatriz:

«Esa cómoda de papeles y bramantes es algo así como el talego de los trapos de mi mamá ¿sabes Pirula?». Beatriz se equivoca; yo conozco ese talego, que está hecho con la tela de un viejo colchón a cuadros azules y blancos y donde su mamá guarda todos los recortes de tela que le sobran de sus vestidos y de los de su media docena de diablillos, incluyendo en esta media docena a la propia Beatriz que es el diablillo más temible de todos.

Se equivoca Beatriz porque las mamás saben todas muy bien lo que se hacen y la suya, en particular obra con gran prudencia al conservar todos esos trozos de tela por pequeños y por modestos que sean y por inútiles que puedan parecer a una atolondrada Pirulinda.

Por de pronto, siempre que mamá necesita un trozo de tela para echar un remiendo, o para añadir un bolsillo a un delantal, o adornar un traje con vivos, o (esto es lo más frecuente) alargar un vestido de sus hijas, deshaciendo el dobladillo de la falda y poniéndole un «falso», coge su talego, lo vuelca y siempre encuentra en él lo que busca.

Pero no es eso solo; el talego tiene además una propiedad maravillosa que nadie conoce todavía; el talego está... encantado.

Vosotros habéis visto alguna vez, en un circo un señor que mete en un sombrero de copa unos cuantos pañuelos de seda, sueltos, los toca con una varita que tiene (mágica, por lo visto) y los saca anudados unos a otros?

Pues algo así le sucede al talego en cuestión; se le llena con trozos de tela inservible, y un buen día salen formando tapetes, pañitos, cubre divanes, fundas para almohadones, etc., etc. Ahora que todas estas maravillas en lugar de suceder por arte de biribiroque, suceden por arte de pirulería que es, como todas sabéis, la más sencilla de las bellas artes.

Lo primero que hay que hacer es cacar los trapos del talego (sueltos y tal como se



metieron, pues todavía no se ha realizado el prodigio) y agruparlos por calidades y colores; así tendremos un montoncito de trapos de lana oscura, otro de trapos de seda en tonos claros, otros de percales o cretonas estampadas, etc.

Los de lana pueden servir para hacer un cubre diván, o un almohadón para los pies, o un paño para clavarlo en la pared detrás del diván. Con un papel, se hace el patrón del tamaño y de la forma que se desee; se cortan todos los trozos de lana apartados, en formas geométricas muy sencillas y se hilvanan sobre el patrón, cubriéndolo por entero, ya no queda más que pegar los trozos de tela unos a otros con un pespunte a máquina y por último, arrancar el papel.

Si se trata de hacer una labor más cuidada, tal como un pañito para una mesa, con trozos de seda, conviene ocultar el pespunte a máquina, con un estrecho galón de metal que haga juego con un fleco o un encaje que borde el pañito; también conviene forrarlo con un trozo de satén para darle cuerpo.

En lugar de unir los trozos de tela con un pespunte a máquina, puede hacerse con un calado a mano, hecho con seda torzal; claro que es mucho mayor el trabajo, pero en cambio tiene la ventaja de producir un resultado más bonito y de que lo podéis llevar a cabo vosotras solas, mientras que el pespunte a máquina es menos pirulesco puesto que requiere la intervención de una persona mayor.

